



Ecuador no extraerá petróleo del Parque Nacional del Yasuní

El país que gobierna el economista Rafael Correa ha aprobado un plan para no extraer petróleo de una zona del emblemático Parque Nacional del Yasuní, en la Amazonía ecuatoriana. El plan consiste en dejar bajo tierra 846 millones de barriles de petróleo (407 millones de toneladas de CO₂) a cambio del apoyo económico internacional.

M^a Ángeles Fernández (Ecuador)

Eccuador ha lanzado un órdago. Esta podría ser una traducción de la estrategia: “Voy a dejar parte de mis reservas de petróleo sin explotar para no emitir gases de efecto invernadero, pero, a cambio, quiero dinero. ¿Quién juega?”. Dicho así, como una frase típica de una sobremesa, puede crear muchas reticencias, pero la realidad no es tan plana y una explicación más profunda hace que la frase deje de ser un farol. Ecuador ha puesto las cartas sobre el tapete.

El pasado tres de agosto, el gobierno ecuatoriano firmó un fideicomiso con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) por el que el país deja un 20% de sus reservas de petróleo en el subsuelo mientras que la comunidad internacional se compromete a aportar la mitad de las ganancias que darían la explotación del crudo. Esto supone dejar bajo tierra 846 millones de barriles de petróleo y 407 millones de toneladas de dióxido de carbono (lo que emiten países como Brasil o Francia en un año o Ecuador en trece).

Y esto supone también ofrecer una alternativa a la gestión que se está haciendo para frenar el cambio climático. Kioto y su protocolo son cosa del pasado. “Estamos evitando, no reduciendo emisiones”, aclara a esta revista Alberto Acosta, ex ministro de Energía y Minas y ex presidente de la Asamblea Constituyente en Ecuador. Es decir, que, si actualmente se paga por limpiar, que se pague por no ensuciar.

La iniciativa se conoce co-

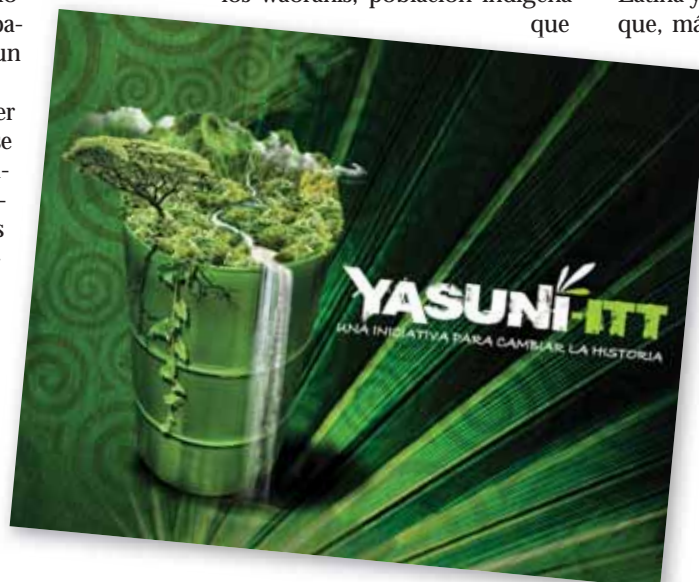
mo ITT-Yasuní, ya que la zona que permanecerá sin tocar está en los campos Ishpingo, Tambococha y Tiputini (de ahí las siglas ITT) del Parque Nacional Yasuní, una de las mayores reservas naturales del mundo, situada en la Amazonía ecuatoriana, y declarada Reserva Mundial de la Biosfera por Naciones Unidas en 1989. Sus 982.000 hectáreas son el hogar de 150 especies de anfibios, 596 de aves, 200 de mamíferos, 121 de reptiles, 500 especies de peces, 4.000 de plantas (muchas de ellas aun sin clasificar), sin olvidar y sin contar las especies que no han sido descubiertas. Además, es un bosque del Pleistoceno, porque la glaciación prehistórica no dejó aquí su huella. Otro dato: sólo dentro de una hectárea del Yasuní se han encontrado tantas especies de árboles como en todos los Estados Unidos y Canadá juntos. A todo esto, hay que añadir además la singularidad de sus habitantes, algo que hace más único al lugar. Además de los waoranis, población indígena que

fue de las que más se implicó en la lucha de la conservación desde los años 70, están los tagaeris y los taromenanis, los dos últimos pueblos no contactados de Ecuador.

■ El nuevo paradigma

“Dejar el crudo en el subsuelo es la única forma de enfrentar la crisis del clima y de proteger los derechos de las poblaciones locales. El tránsito a una civilización post-petrolera ya no es una elección, es una condición indispensable”, afirma a *Energías Renovables* Esperanza Martínez, de las organizaciones Acción Ecológica y OilWatch y una de las mayores impulsoras de la iniciativa ecuatoriana. Por tanto, los objetivos son tres: reducción de los gases de efecto invernadero, conservación de la biodiversidad y salvaguarda de los pueblos indígenas.

Este fideicomiso rompe el paradigma de las relaciones Norte-Sur, según la directora regional del PNUD para América Latina y el Caribe, Rebeca Grynspan, porque, más allá de la aportación económica de los países industrializados, los ecuatorianos renuncian a explotar sus recursos petroleros en beneficio de un nuevo modelo de desarrollo. “Hasta ahora, solo se conocían mecanismos de mercado para reducir los efectos de gases de efecto invernadero ya emitidos a la atmósfera (contenidos en el Protocolo), mientras que este es el primer mecanismo en el mundo que evitará la emisión de dichos gases, de manera cuantificable y verificable”, apuntó, tras la firma del fideicomiso, Grynspan.





Declarado Reserva Mundial de la Biosfera por Naciones Unidas en 1989, el Parque Nacional Yasuní alberga en solo una hectárea tantas especies de árboles como en todos los Estados Unidos y Canadá juntos.

tribución de Ecuador es particularmente importante, porque, por un lado, enfrenta el problema desde la raíz, y por otro, promueve las energías limpias, que permitirán mantener la seguridad climática”.

En declaraciones a una radio ecuatoriana, Grynspan explicaba hace unas semanas que, “en el acuerdo que hemos firma-



La iniciativa fue lanzada al mundo en 2007 (momento en el que Alberto Acosta formaba parte del ejecutivo) por el presidente ecuatoriano, Rafael Correa, cuyo gobierno asumió la propuesta después de más de veinte años de lucha de la sociedad civil. La complejidad legal y las dudas surgidas (algunos políticos ecuatorianos tuvieron que dejar su cargo debido a esta lucha y las posiciones encontradas en el seno del ejecutivo) han provocado el retraso en la propuesta final, que se ha resuelto a través de un fideicomiso, firmado con el PNUD. Así, se ha creado un fondo para canalizar las contribuciones y que entregará a cambio el Certificado de Garantía Yasuní, para reclamar en caso de que Ecuador incumpla su compromiso. “La estructura y funcionamiento del fondo es una ruptura de los paradigmas tradicionales de relación entre países del norte y el sur y de la cooperación internacional”, ha afirmado Grynspan. La directora del PNUD ha apuntado también que “la con-

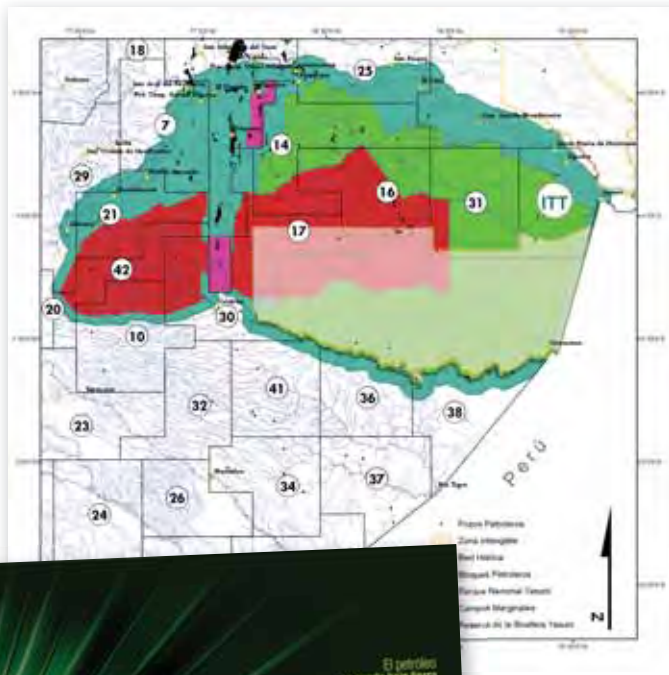
Sin política en renovables

Si Ecuador tiene un proyecto virtualmente único en el mundo en materia de reducción de emisiones y lucha contra el cambio climático, la situación es bien distinta si analizamos la situación de las energías renovables. “La energía hidroeléctrica, con todos los matices para incluirla como energía renovable, está muy desarrollada; todo lo demás, lo está muy poco”, resume Teodoro Bustamante, profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

David Reyes, de la *oenegé* ecuatoriana Acción Ecológica, aporta datos: el país define como recursos energéticos no convencionales a todas aquellas energías que no son hidrocarburos, como la solar, la eólica, la geotérmica, la biomasa y la mareomotriz que, juntas, no alcanzan el 1% de toda la energía producida. Mientras, la hidroeléctrica aporta el 50% de la energía del país. Según datos del libro recientemente publicado en Ecuador “Agua, un derecho humano fundamental”, el 20,20% de la electricidad procede de la generación térmica a vapor; el 13,64%, de motores de combustión interna; el 18%, de térmicas de gas.

De hecho, Galo de Veintemilla, de Altermia (otra *oenegé*), es muy escéptico sobre el uso que el gobierno pueda dar a los recursos que lleguen del Plan Yasuní: “lo más seguro es que los destine a la construcción de grandes proyectos hidroeléctricos, creando consecuencias en el sistema hídrico”. Y es que, existe prácticamente un proyecto hidroeléctrico para cada uno de los ríos de Ecuador, apunta este mismo experto. Generalmente las acciones a favor del desarrollo de las energías renovables son aisladas en Ecuador, no existe una política integral, más allá de que el gobierno haya creado un ministerio llamado de Electricidad y Energías Renovables.

En todo caso, cabe mencionar dos excepciones. En las Islas Galápagos, en las que Charles Darwin desarrolló su teoría de la evolución de las especies, hay un parque eólico. “El caso de las torres eólicas de las Galápagos nos deja ver que las energías renovables son tratadas como un negocio más. Financiadas por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, tardaron el doble de tiempo en construirse”, explica Veintemilla. La otra excepción viene de la mano de Telefónica-Movistar. La multinacional española ha puesto recientemente en marcha la primera “estación base” del país que funciona con energía eólica. Se encuentra en la parroquia rural de Cangahua, del cantón Cayambe, a 3.224 metros sobre el nivel del mar. Según Telefónica, la velocidad del viento oscila en ese emplazamiento entre los 7,2 y los 12,3 metros por segundo, “suficientes para garantizar el funcionamiento de un sistema eólico de 1.300W”. La empresa asegura que el uso de la energía eólica producida en la estación de Cangahua “significará un ahorro energético aproximado del 60% y evitará la emisión de 1,9 toneladas de CO₂ al año”.



La iniciativa ITT-Yasuní tiene tres objetivos: reducción de los gases de efecto invernadero, conservación de la biodiversidad y salvaguarda de los pueblos indígenas.



do, se dice que las contribuciones que se reciban serán invertidas, por decisión del estado ecuatoriano, en proyectos de energías renovables, porque la idea del Ecuador es poder cambiar su matriz energética, hacerse menos dependiente del petróleo y pasar a una economía mucho más diversificada y no sólo extractivista”.

■ En teoría

Y es que los fondos se destinarán a proyectos de energías renovables para reducir la electricidad generada con petróleo, que

alcanza porcentajes altísimos en la actualidad; a la conservación de las áreas protegidas y a la reducción de la deforestación en el país; a inversiones sociales, a través de programas de educación o salud, y a inversiones en ciencia y tecnología. Esta es la teoría, ahora falta el desarrollo práctico.

Ante la pregunta de si los fondos serán invertidos de manera adecuada, Esperanza Martínez (OilWatch) es clara: “lamentablemente, no se ha abierto una discusión sobre esto. Desde mi punto de vista hay riesgos. Existe, por ejemplo, el riesgo de

dirigir los fondos a proyectos de venta de servicios ambientales, que limitan los derechos de los pueblos a sus territorios y que se anuncian como proyectos de conservación. O se podrían utilizar los fondos en biocombustibles, con el argumento de que son energías alternativas, cuando está claro que, para un país agrícola, como el Ecuador, esto sería desastroso”.

La iniciativa tiene sus detractores y aquellos que la miran con recelo. Como el profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) Teodoro Bustamante, quien considera que, para el balance energético del planeta, la iniciativa es marginal. Además, recuerda que no se garantiza la integridad del Yasuní, porque hay partes que se están explotando, y considera que todo es una maniobra gubernamental para crear “una buena imagen internacional”.

De momento, varios países han mostrado su interés, como Alemania (que recientemente ha pedido aclarar aspectos técnicos), España, Francia, Italia, Bélgica, Japón, China, Corea, Irán y Turquía, entre otros. Chile, además, ha sido el primero en aportar fondos; asimismo también está el espaldarazo de algunas entidades multilaterales como la Organización de

Más allá del Yasuní

El nombre del Yasuní ha traspasado las fronteras ecuatorianas y ya existen algunos lugares que quieren tomar como ejemplo esta esquina del norte de la Amazonía. Hay algunos lugares que se quieren yasanizar, verbo que está tomando peso y que hasta un vicepresidente ecuatoriano ha pedido que se incluya en el diccionario de la Real Academia de la Lengua como un verbo que denote una lucha por defender la naturaleza. “El paso que está dando Ecuador es un paso muy importante. Yasanizar ya es una nueva palabra que le da carácter, memoria y objetividad a una propuesta de vida en armonía con, por y para la naturaleza”, explica Esperanza Martínez, una de las mayores promotoras del proyecto.

Por ahora, Alberto Acosta, ex ministro ecuatoriano de Energía, ya ha propuesto la yasanización del Perú, concretamente de los lotes petroleros 67, 121 y 39 (explotados por Perenco y Repsol) de la región de Loreto, fronteriza con el Yasuní. Se trata de una zona por la que hay una demanda ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) que solicita medidas preventivas a favor de los pueblos indígenas, lo que significaría la salida de Repsol. Mientras, en Bolivia, se habla de un “Madidi sin petróleo”, un parque nacional que alberga la mayor riqueza biológica del país andino. Acosta ha apuntado recientemente que el post extractivismo significa “establecer los límites biofísicos de la explotación para avanzar hacia una economía post petrolera”. Y ha abogado por dejar de explotar hidrocarburos en lugares de particular “fragilidad ambiental y social” como el Yasuní, el Delta del Níger, el Madidi o el Parque Nacional Laguna del Tigre, en Guatemala.



Los waronis están implicados en la defensa del Yasuní desde los años 70. En la zona viven otras poblaciones indígenas, entre ellas los tagaerís y los taromenanís, los dos últimos pueblos no contactados de Ecuador.

Estados Americanos. La ministra coordinadora de Patrimonio de Ecuador, María Fernanda Espinosa, está trabajando para conseguir concretar apoyos.

Los fondos también pueden llegar de particulares. Una campaña, llamada "Un dólar por el Yasuní", ha creado un número de cuenta para todos aquellos que quieran hacer aportaciones individuales. Y es que todo cuenta, porque Correa ha dicho que quiere llegar a los cien millones de dólares el próximo mes de diciembre, momento en el que se analizará la viabilidad del plan.

Y es que sigue latente un Plan B, que sería explotar el petróleo de la zona ITT, una opción que ha recordado en repetidas ocasiones Correa. "No podemos ser los tontos útiles del planeta", dijo el presidente ecuatoriano durante el día de la fiesta

nacional (el pasado 10 de agosto), ante la posibilidad de que no lleguen los fondos internacionales necesarios. "Nunca quisiéramos utilizarlo, pero de ser necesario lo vamos a utilizar, no vamos a jugar con el bienestar del pueblo ecuatoriano", apuntó en otra ocasión, en la que recordó que, de hacerlo, se buscará extraer el petróleo "con los mínimos impactos ambientales". De hecho, según sus palabras, la empresa pública Petroamazonas sigue estudiando el asunto.

Según ha explicado a *Energías Renovables* René Ortiz, ex ministro ecuatoriano de Energía y ex secretario general de la OPEP, "el Plan B conllevaría una forma de explotación similar a la que desarrolla Repsol en el bloque 16 [dentro del Yasuní], que no ha tenido ni un solo accidente y es absolutamente limpia. Hay ejemplos

de que el Plan B puede ser viable". Pero las cartas en la manga no están de un solo bando. Alberto Acosta ha insinuado otro cambio de estrategia para el tablero del Yasuní: la opción C. Según esta, se dejaría el crudo en subsuelo aún sin aporte externo. Ni petróleo ni dinero. De momento, la propuesta Yasuní es mucho más que una declaración de intenciones. Es la única existente que aboga por dar pasos hacia una economía post petrolera y post extractivista, además de superar Kioto. Es una apuesta novedosa, arriesgada y con mucho camino por recorrer. De momento, ya hay quien está interesado en jugar la partida con las reglas de juego del Yasuní.

■ **Más información:**

- yasuni-itt.gob.ec
- www.amazoniaporlavida.org/es
- www.pnud.org.ec